

dedicada, como hemos dicho, al estudio de la evolución del luteranismo en los países típicamente protestantes.

Se estudia primero el desarrollo del protestantismo alemán desde el período de la ortodoxia luterana, pasando por el pietismo, hasta llegar a los siglos XIX y XX, subrayándose la influencia que las fuerzas religiosas protestantes han tenido en la política de este país.

Inglaterra, separada del Catolicismo desde los tiempos de Enrique VIII y sometida al influjo de las doctrinas protestantes, sigue fiel a su tradición; por ello el protestantismo sigue allí su cauce normal.

En los Estados Unidos, el protestantismo, de tipo calvinista, se ha combinado con el filantropismo y ha dado origen a un idealismo social particular fundado sobre la convicción que la religión no cumple su misión si no mejora socialmente al individuo.

Termina el libro con una visión del protestantismo en Francia, que sin ser un país típicamente protestante, sin embargo el autor ha querido exponer a sus compatriotas la situación en que se halla dentro de su país.

El libro, pues, es una aportación más al discutido tema de la intervención de las fuerzas religiosas en la política, siempre de interés y utilidad pública.

C. G. L.

*JOHN JEWKES. "Juicio de la planificación". Versión española de Armando Lázaro Ros. Biblioteca de Ciencias Económicas, políticas y sociales. México, 1950. 234 páginas.*

Con una nota bibliográfica del autor, introducción de Manuel de Torres, catedrático de Teoría Económica de la Universidad de Madrid, y dos prólogos (versión española; edición inglesa), la Biblioteca de Ciencias Económicas, Políticas y sociales nos presenta un libro de gran trascendencia: "Juicio de la planificación".

Frente al "laissez faire, laissez passer", se ha proclamado en nuestros días, teórica y prácticamente, el sistema intervencionista. El mundo no camina ya por sí solo, es un incapaz, un inepto, necesita que le guíen. Las riendas las debe asumir el Estado.

Contra esto nace el libro de John Jewkes. El intervencionismo no sólo no remedia los males que constituyen su objeto, sino que, precisamente los agranda; lleva la inmoralidad a todos los órganos en que actúa, la decepción y escepticismo a los ciudadanos, la paralización del progreso —aunque pudiera creerse lo contrario—; la escasez a los pueblos.

La tesis de nuestro autor tiene sus raíces en terreno inglés: escribe impulsado por el afán de evitar las desastrosas consecuencias a que condujo el intervencionismo inglés de la postguerra, pero su doctrina —de clara exposición, sin lucubraciones teóricas de amplia filosofía—, tiene campo de aplicación en todo el ámbito internacional.

No se crea que ha obrado movido por el estímulo de conseguir un ruidoso éxito: su libro aporta un grandioso adarme de originalidad, es cierto; pero con efectos claramente desconsoladores para él —la verdad siempre duele—, pues se expone a provocar enemistades.

("He escrito este libro de mala gana. Sé que molestará a algunos amigos míos, y temo que quizá ofenda a algunas de las personas con quienes colaboré, en cooperación amistosa, durante la guerra. Pero no tuve más remedio. Porque estoy convencido de que la reciente y desconsoladora depresión ocurrida en la Gran Bretaña ha sido por completo obra nuestra". Prólogo a la edición inglesa, pág. XXIV).

Mucho hemos dudado hasta encontrar una palabra que definiera lo más acertadamente posible este "Juicio de la planificación". Al fin, nos decidimos por dos: Esencialmente un libro sugestivo y veraz. Sugestivo en la forma y en el fondo, sugestivo en su sistema, suges-

tivo por la época en que aparece. Y todo ello impregnado de un cálido ambiente de sinceridad, de confianza y comprensión.

Terminamos esta síntesis como lo hace Manuel de Torres en su introducción. Creemos que este libro logrará una amplia difusión. Lo merece por su naturaleza, por su valentía al arremeter contra el delirio totalitario intervencionista. Lo merece por su objetivo admonitorio. Pero lo merece sobre todo por ser una apelación al sentido común, que sigue siendo, sin duda alguna, de tan rara aceptación en nuestros días.

Comienza el célebre profesor de la Universidad de Manchester, poniendo de manifiesto cómo el desarrollo del sistema intervencionista no es ni más ni menos que la difusión de una moda, que en Economía son "abiertamente contagiosas y volubles". Cita frases y aun párrafos enteros de discursos de algunos políticos y toma extensas notas bibliográficas sobre este tema. Su punto de partida es, sin ningún género de dudas, el "slogan" burkeniano. "El pueblo no renuncia jamás a sus libertades, si no es llevado por una falsa ilusión".

Sobre este supuesto monta todo un sistema lógico. Su método es esencialmente negativo. Su estilo interrogativo: ¿Resulta anticuado el hombre de negocios? ¿Debe dejarse que el monopolismo destruya la economía? ¿Es inevitable el paro en masa de una economía libre? Tendremos que contestar que no. Y en la medida en que esto es así, el intervencionismo es malo. ¿Quiere-se, pues, decir que debe suprimirse toda intervención y que debe practicarse sistemáticamente una política del "laissez faire"? De ningún modo. Cuando haya un margen de explotación, el Estado debe intervenir, pero su regulación no ha de ser más que la regulación, en último término, del mercado.

Analicemos la primera pregunta: ¿Resulta anticuado el hombre de negocios? La crítica más demolidora ha sido hecha por el profesor Schumpeter en su obra "Capitalis-

mo, Socialismo y Democracia". Alega dicho profesor estas cuatro razones:

a) La empresa capitalista consiguió tales éxitos en convertir el progreso económico en una cosa automática, que ya nada le queda por hacer. Ha destruido su propia función.

b) El hombre de negocios no ha sabido defenderse de los ataques procedentes de la política contra la economía libre.

c) El hombre de negocios ha perdido realmente interés en conducirse como tal.

d) El sistema de la economía capitalista ha levantado una hostilidad casi universal contra su propio orden social.

Las afirmaciones primera y tercera son, con mucho, las más importantes, porque, en tanto que las otras dos aportan motivos para la desaparición del hombre de negocios (con independencia de si esto será una cosa buena o mala); las afirmaciones una y tres, de ser ciertas, demostrarían que debe desaparecer.

La primera se reduce a esto: La tarea fundamental del hombre de negocios consiste en meter por fuerza, dentro del sistema, las innovaciones, en quebrantar la resistencia al cambio. Se deduce de este argumento que una vez que el cliente se ha acostumbrado a una corriente constante de cosas, aceptará esa novedad como una cosa normal. John Jewkes le refuta: "Yo no creo que sea así. El consumidor tiene una memoria corta. El nivel de vida puede ser reducido casi sin que lo advierta el consumidor, con tal de que el cambio no sea demasiado rápido."

En lo referente al tercer punto, Schumpeter sostiene que el hombre de negocios ve disminuir sus propios estímulos. Personas que controlan grandes negocios suelen convertirse cada vez más en gerentes, con la psicología de empleado a sueldo. Supone, nuestro autor, en cambio, que la posición de Schumpeter peca de unilateral. En la realidad entran en juego una mezcla

de móviles: el deseo de ejercitar el poder, el deseo de independencia, etc., y no sólo la acumulación de riqueza. Y concluye: El hombre de negocios tiene vigencia, quizás un poco oscurecida —es hombre atareado—, en él debe apoyarse la economía libre.

Segundo y tercer interrogante: ¿Debe dejarse que el monopolismo destruya la economía? ¿Es inevitable el paro en masa de una economía libre? Por no extendernos demasiado diremos únicamente que las razones aducidas para rechazarlos, son: En el primer caso: No se acierta a distinguir entre la concentración que surge, naturalmente, porque las unidades de mayor dimensión son más eficaces que las pequeñas, y la concentración debida a intentos deliberados de conseguir un monopolio, con independencia de que sea o no más eficaz. Segunda, la de que existe la peligrosa costumbre de generalizar los casos aislados. Tercera y más importante, la de pensar en la industria como una cosa estática. Pero no hay, en realidad, base para creer que la necesidad de que existan firmas de una dimensión que les permita operar con la máxima economía, habrá de dar origen a un mundo de firmas gigantes o de industrias, en la que una o dos firmas han de ejercer un dominio efectivo del mercado.

Respecto al paro en masa, la solución se encuentra en la movilidad y en que las prácticas restrictivas, tanto las de los trabajadores como las de los patronos, sean reducidas a un mínimo.

Después de dar los medios para la consecución de la movilidad, nos ofrece un cuadro descriptivo de la planificación. Existen diversos tipos de planificación, mejor aun, de planificadores:

a) Los "intencionados": Se proponen dar lugar a que ocurra algo.

b) Los planificadores "libres": posición antitética a la anterior. Su blanco: la libertad, el reconocimiento parcial a la empresa privada.

c) Planificación "flexible", alte-

rable fácilmente con arreglo a la realidad, para que no pueda ésta falsificar el plan.

d) Planificación mediante dislocación: Hay un cuarto grupo de pensadores que propugnan la llamada "planificación de embotellamiento". La dislocación manifiesta entre las diferentes piezas del sistema, es prueba fiel de mayor expansión.

e) Planificadores "a ojo". Parten del principio de que los acontecimientos están determinados por fuerzas que, parcialmente al menos, escapan a nuestro control. Tienen en cuenta lo que puede ocurrir en el futuro, pero reconocen lo fallible de las previsiones económicas. La planificación a ojo es, pues, una planificación intencionada.

Con todas estas posiciones y otras muchas más (Variety among the Planners, The Manchester School, enero, 1947) no está dilucidada la cuestión ¿qué es la planificación? "Al cabo de dos años de planificación, la experiencia ha enseñado, nos dice el autor, que la planificación va ligada a una confusión extrema a propósito de las finalidades y métodos del sistema económico y que equivalía a restricciones personales del individuo tanto en su aspecto de consumidor como del productor. Todo lo demás era tinieblas".

Aquí se quiebra el método de John Jewkes. Antes ha tratado de demostrar y conseguido, sin duda alguna, que la economía libre no ha cumplido ya su misión, se trata de una realidad actual de brillante porvenir; ahora, su tarea consiste en probar que la planificación económica centralizada es, esencialmente, anticientífica. Los epígrafes que a continuación transcribimos se comentan por sí solos:

La secta de los planificadores.

La planificación como método científico.

Planificación y prosperidad.

La planificación y la estabilidad económica.

La planificación y la libertad.

La moral enferma de una sociedad planificada.

La planificación nacional y la economía mundial.

Escogemos, ante la imposibilidad material de glosar todos, dos que por su especial importancia merecen nuestra atención:

La planificación como método científico: "Lo más interesante y lo que más se halla expuesto a la crítica son las deducciones sacadas del descubrimiento de que en un Estado socialista puede funcionar un sistema de precios. Aunque son muchos los socialistas que tuercen el gesto ante el hecho desagradable de que las modernas teorías planificadoras abarcan el empleo de un mecanismo de precios tan semejante al de la economía libre, son también muchos los que están dispuestos a dar la bienvenida al descubrimiento, porque constituye la prueba largamente esperada de que la economía planificada funcionará. Es pertinente el comentario. Puede afirmarse que todo sistema económico "funciona", por lo menos hasta que el último consumidor caiga muerto de hambre. Pero, ¿en qué medida este funcionamiento será el adecuado?"

Lo cierto es: La presencia o ausencia de un sistema de precios no prueba nada. El sistema de precios es, en sí, un arma de doble filo. El bienestar económico dependerá del medio en que se le deje actuar. Si se le permite encaminar libremente a los productores hacia los productos más solicitados y a los consumidores hacia los productos que más satisfacción les producen, y todo ello con el esfuerzo mínimo, entonces cumple debidamente su misión. Pero, por el contrario, el sistema de precios puede ser manipulado con las finalidades más dañinas, o puede también, por pura ignorancia, ser manejado para producir escaseces espectaculares e innecesarias de productos... como lo han hecho Gran Bretaña y Estados Unidos después de la guerra.

Aquí se encuentra claramente expuesto el "laissez faire". La planificación coarta la libertad individual. El consumidor no satisface sus gustos, el productor no se inclina al consumidor. El interro-

gante será, ¿la pérdida de libertad queda compensada con el mejor funcionamiento de la Administración? ¿O es preferible la sujeción a los seguros sociales, antes que "la libertad de morir de hambre"? En la medida que se dé lo primero, la planificación es buena, en la medida en que se resuelva afirmativamente lo contrario el "laissez faire" no tiene vigencia. Este es su segundo punto: La planificación y la libertad "Las cuestiones vitales son, por consiguiente, ¿se sentirán las personas que ejercen el poder supremo en una economía planificada inclinadas a favorecer el empleo del sistema de precios?, y en caso afirmativo, ¿permitirán que opere con suficiente libertad, o puede uno contar con que se manipulará con el mismo para controlar las vidas de los demás y para suprimir las libertades económicas esenciales? John Jewkes contesta: Yo me atrevo a apuntar que lo razonable es esperar lo peor.

Y cabría añadir: Puesto que la experiencia nos ha puesto de manifiesto que el célebre profesor de Manchester tiene razón, la planificación es acientífica. O, como se dice vulgarmente —en conclusión— se debe planificar, pero poco. El problema que no admite soluciones universales es determinar la medida de esta intervención. Esta es una cuestión que no se resolverá en los libros. Son los encargados —llámense de cualquier modo— de la Nación, quienes en el momento dado tienen que solucionarlo.

J. R. S.

EDWARD W. CARTER y CHARLES C. ROHLFING: "The American Government and its Work". The Macmillan Company, New York, 1952, 875 páginas.

Hay una serie de características comunes a las obras anglosajonas típicas sobre la Ciencia política: convicción en los supuestos democráticos, análisis certeros de los procesos y estructuras políticas, exposición sistemática y clara. Cuan-